

Me sentía perplejo y confundido. El silencio se adueñó de todos nosotros en el viaje de vuelta. Nadie consideró la hermosura del paisaje que atravesábamos.

Transcurrían los días y las semanas y no levantaba cabeza. ¿Acaso había malentendido a Dios? Traté de olvidar por un tiempo mi desengaño. Llegué a creer que las visiones espirituales eran simples sueños irrealizables. ¿Habría alguien que todavía creyera en mí? ¿Cómo podía haberme equivocado? Aquella gran visión quedó reducida a meras palabras vacías. Al fin me sobrepuse, y participé en todas las actividades como si nada hubiese pasado.

Mientras tanto, nuestro ministerio en Cornellà crecía como la espuma. Uno de los problemas cruciales era las relaciones familiares de los jóvenes con sus padres. En tanto que los países sajones afrontan con normalidad la emancipación de los jóvenes de familia, los países latinos han sido fuertemente influenciados por el concepto de "La Sagrada Familia". Con José como elemento decorativo, María representa la abnegada madre de Dios que interviene activamente en la vida de Jesús. Muchas mujeres se ven como la Virgen María, y tratan de infundir en los hijos sus metas e ideales, haciendo de ellos personas emocionalmente dependientes de sus madres. Otros problemas sociales, como el desempleo, contribuyen a mantener la familia junta, pero, al mismo tiempo, ha perpetuado un vínculo perjudicial entre padres e hijos. En lugar de cumplir con su trayectoria y responsabilidades, los hijos se han sentido obligados a vivir los ideales de sus padres. En la medida que Dios nos mostró cómo liberarles emocionalmente, nuestro programa de liderazgo creció.

Después de nueve meses de embarazo, Yolène estaba redondita y rosada. Habíamos estado en el hospital aquella mañana. El médico la había examinado, comunicándonos que el bebé estaba bien encajado y que podía llegar aquel mismo día o en los siguientes.

Hacia la una del mediodía, Yolène sintió los primeros dolores. Cronómetro en mano, contamos los intervalos entre cada contracción. Cuando las contracciones se hicieron regulares, sucediéndose cada minuto, me dije que era el momento de ir al hospital. Siempre había soñado conducir un coche de carreras, y se me presentó la ocasión. Batí todas las marcas. Un trayecto que tardamos normalmente 45 minutos, lo realicé, ¡y en hora punta!, en 15. Lo importante es que Yolène llegó sana y salva, y fue inmediatamente trasladada a maternidad.

A las tres de la tarde ya en la sala de partos, la comadrona me tranquilizó con todo lujo de detalles acerca de lo que transcurriría. Siendo yo novato, respiré profundamente esperando que todo sucediera según las explicaciones. El parto duró 15 minutos, Yolène dio a luz en un abrir y cerrar de ojos, batiendo de esta manera un nuevo record. Fue un niño y lo llamamos Mikael. Dios había sido fiel y cumplió la promesa dada a Yolène, el año anterior.

Con el aumento de la familia y de la comunidad, el apartamento se quedó pequeño. Sentíamos que Dios quería dirigirnos hacia una nueva etapa. Él nos habló muy claramente en Isaías 54:2 *“Ensancha el lugar de tu tienda, extiende las cortinas de tus moradas; no escatimes; alarga tus cuerdas y refuerza tus estacas”*.

Confiamos en la promesa de Dios, y comenzamos a buscar un lugar más espacioso, que nos permitiera llevar a

cabo nuestras reuniones.

En la primavera pusimos en marcha un nuevo proyecto: un "café-bar". Queríamos un local acogedor donde invitar a personas contactadas en la calle, y en torno a una taza de café o té, hablarles del Evangelio. La primera vez que lo vimos no era mas que una ratonera sombría y húmeda, un lugar tétrico y siniestro necesitado de una profunda transformación. Para ello organizamos equipos imaginativos de trabajo que perseguían, ante todo, metamorfosear aquel antro. A medida que avanzábamos en la reforma del local, descubría las muchas enseñanzas que aquello nos reportaba, y como consecuencia, la satisfacción que sentía.

Una vez reformado, el "café-bar" se convirtió en un lugar cálido y hospitalario, el principal centro de reuniones. Nos sorprendió gratamente la cantidad de personas que transitaron por allí aquel invierno. Resultó ser un oasis de tranquilidad en medio de un agobiante y bullicioso vecindario. Compartíamos nuestra amistad con los jóvenes y eso llevó a muchos de ellos a entregar su vida a Dios. ¡Una ola nueva de personas deseaba vivir en la comunidad e integrarse en el programa de formación de líderes! Necesitábamos una casa mayor, y confiados en Dios, compramos dos apartamentos cercanos a la estación del "Carrilet". A finales de Enero de 1980 nos trasladamos.

Pero aquello no fue solución al desmesurado crecimiento que experimentábamos. Sin apenas instalarnos en los nuevos pisos, se quedaron pequeños. Nuestro presupuesto no daba más de sí, no aguantaba más gastos. Dios nos habló en distintos aspectos, preguntándonos si estábamos dispuestos a confiar en Él una vez más. La decisión fue unánime. Dios nos exigía subir el listón de nuestra fe. No era

nuestra intención endeudarnos más, pero sí estábamos seguros de querer obedecerle. En mayo de ese año compramos dos apartamentos más, ocupando así toda una planta del edificio, además de un local en la planta baja. Para comunicar los cuatro pisos echamos abajo algunos tabiques.

Las relaciones con las diferentes iglesias eran buenas y los lazos con los responsables se iban fortaleciendo. Regularmente organizamos reuniones conjuntas con muchas iglesias. El duro trabajo realizado comenzaba a dar sus frutos. Nuestro ánimo subía enteros al vislumbrar las señales de las “cosas nuevas” que Dios quería hacer. Sólo cuando miro hacia atrás, tomo consciencia de cómo todo ha sido una excelente preparación para el inmenso proyecto que había de venir.